

José Eustasio Rivera y Eduardo Castillo

Escribe: VICENTE PEREZ SILVA

Eduardo Castillo, de quien ya tenemos conocimiento como ágil polemista, vuelve a la palestra de la controversia literaria; en esta ocasión, lanza en ristre, nada menos que contra el consagrado autor de *Tierra de Promisión* y *La Vorágine*.

Con todo, antes de allegar algunos rasgos biográficos del novelista de la selva, conviene recordar la apreciación crítica del maestro Rafael Maya, escrita hacia 1944, acerca de nuestro "poeta maldito", al que no fueron ajenos los paraísos artificiales de Charles Baudelaire.

"No tuvo Eduardo Castillo —dice Maya— una cultura propiamente dicha; le faltaron estudios clásicos, disciplinas humanísticas, formación universitaria; pero fue un lector desaforado de libros contemporáneos. Su erudición fue francesa, y, en parte, italiana. D'Annunzio, Eugenio de Castro, Maeterlink, Albert Samain, marcaron su inteligencia con sello indeleble. Entre los críticos y prosistas europeos leyó principalmente a Faguet, a Bourget, a Renán y a France. De la mezcla de todas estas influencias extrajo la materia de su estilo para el verso y para la prosa, pues en Castillo una misma era la técnica literaria en el cultivo de tan diferentes géneros".

Y más adelante puntualiza:

"La mayor parte de su vida, casi toda ella, la dedicó al comentario de las obras ajenas. Mantuvo entonces una especie de dictadura de la crítica, y formó escuela. Esto último es lo que

me interesa. Formó escuela, porque Castillo tomó la faena crítica en el sentido ya dicho: como poética divagación en torno de los hombres y de las cosas. Apoyado en su copiosa erudición, por un lado, y, de otro, en su aguzada sensibilidad; y provisto de unas cuantas ideas muy generales sobre arte, sobre historia, sobre literatura, su crítica fue como sus versos, como sus cuentos y como sus poemas en prosa: un alarde de preciosismo literario y un juego estético de frases en que sobresalían, abultados, muchas ideas o tópicos literarios que había puesto a circular Darío, en las suntuosas páginas de "Los Raros".

De todas maneras, como poeta, se le ha reconocido a Castillo su fina sensibilidad, su gran poder imaginativo y su mágico don expresivo.

José Eustasio Rivera nació en Neiva el 19 de febrero de 1889 y murió en Nueva York el 28 de noviembre de 1928. Desde muy joven vivió en los Llanos Orientales y en la selva, "de modo que sus descripciones de paisajes y animales son frutos de una vivencia directa". A partir de 1915 publica sus primeros sonetos y "un coro de alabanzas acompañó el ascenso de este nuevo astro". Sin duda alguna, como acertadamente lo anota el maestro Maya, su mejor exégeta, en Rivera el soneto fue "la forma más apropiada para realizar ese afán de exactitud que lo acuciaba, y porque el soneto, dentro de su estrecho marco, secundaba su doctrina de la sobriedad expresiva, obligándolo a abandonar lo redundante y a no emplear sino los elementos estrictamente necesarios...".

Nuestro gran novelista hizo estudios de jurisprudencia, fue miembro de la Cámara de Representantes y desempeñó los siguientes cargos de carácter diplomático: integrante de la Comisión Segunda de Límites con Venezuela, presidida por el ingeniero Justino Garavito, y secretario de la Embajada Especial de nuestro país ante los gobiernos del Perú y México. Precisamente, a raíz de un reportaje concedido en Lima a Luis-Alberto Sánchez, publicado en la revista *Mundial* de dicha capital y luego reproducido en Bogotá, se desató violenta la polémica que ahora se reproduce en estas páginas.

Ricardo Charria Tobar, íntimo amigo de José Eustasio Rivera, nos da cuenta de la referida contienda literaria en los siguientes términos:

"No voy a detenerme en hechos tan conocidos. Sólo sé decir que Rivera consideraba —pues así me lo expresó— que en el re-

portaje de la revista limeña *Mundial*, sus palabras habían sido mal interpretadas, y algunas de ellas ni siquiera las había pronunciado; “jamás se me ocurrió decir, como allí aparece, que no gusto de los versos de Luis C. López, porque tomar la poesía para esos menesteres, es como querer vestir de seda a una menegilda”. Esta expresión no la he empleado yo jamás, agregaba enfáticamente. A sus amigos íntimos, y así lo comenté con Dussán, nos pareció que el reportero lo había sorprendido y no midió el alcance de sus declaraciones, que no tenían el sentido denigrante que les atribuía Castillo. A éste le escoció por largo tiempo, y le formó ampolla en esos días, el hecho de que Rivera respondiese con dubitativa malicia al reportero limeño, cuando éste le preguntó si era verdad que Castillo tenía afición a los paraísos artificiales: “A mí no me gusta hablar mal de los amigos ausentes”. Eduardo Castillo, hombre de vasta erudición, de ágil estilo y rico en ardides polémicos se estrelló contra la pesada masa de la argumentación del neivano, que en poco estuvo de completar la obra de aniquilación emprendida por don Lope de Azuero. Muchos días duró Rivera saboreando su arremetida y aun fue más allá de este crítico, pues al repetirle a Castillo el cargo de plagiarlo, lo llamó zángano rapaz de las colmenas de Apolo!

“Eduardo Castillo —prosigue Charria Tobar —sabedor de que Rivera se ufanaba de su profundo conocimiento de la métrica, lo atacó por este flanco, para irritar su orgullo. Y soltóle la mayor ofensa que se puede hacer a un poeta de renombre: en tus sonetos hay muchos versos cojos. A lo cual el aludido replicó que le iba a dar una lección, “porque de esas cosas (métricas) sí se yo”. Y entró Rivera a comprobarle que había escandido mal un verso suyo, porque ignoraba una figura interior llamada sinéresis (en virtud de la cual se hace diptongo de dos vocales que ordinariamente no lo forman).

“No es que Castillo ignore estas cosas, confesóme José Eustasio Rivera en lo fino de la polémica; es que obra de mala fe en estas cuestiones y escande mal mis versos para que el público ignorante, al leer su réplica, crea que en verdad, yo tengo versos cojos. El sabe que mi contestación se hará una o dos semanas después de aparecido su artículo y que sus lectores seguirán pensando que Castillo conoce más a fondo la métrica que yo. Y voy a herirlo ahora en su punto más sensible: su amor a Guillermo Valencia. Así, pues, en tono sentencioso le replicó: “Cuando quieras leer versos cojos, léelos en *Ritos*:

“...ya no volaba una sola pareja de ibis rojos. La luna”.

Hasta aquí la manifestación de un escritor que disfrutó de la amistad íntima de Rivera. Ya tendremos luego la oportunidad de apreciar más de cerca los finos aceros que blandieron estas dos valiosas figuras de las letras colombianas. Al cabo de una década de ocurrido el enfrentamiento de marras, Eduardo Castillo escribió: “José Eustasio Rivera no tuvo en vida mejor amigo que Ricardo Charria Tobar, como no ha tenido, después de muerto, mejor guardián y defensor de su memoria y de su gloria”.

Ernesto Neale Silva, profundo conocedor y estudioso de la obra poética de Rivera, en el ensayo titulado *José Eustasio Rivera polemista*, se refiere a nuestros contendores en los siguientes términos:

“Rivera y Castillo habían sido buenos amigos y se respetaban mutuamente a pesar de las diferencias fundamentales que los separaban: aquel era arrogante, musculoso y apuesto; éste, de sombrero alón y desgarrada capa, parecía un sonámbulo poseído por un anhelo insaciable de sublimación. Lo que en uno había de corpóreo y vital era en el otro ansia de inmaterialidad. Avido de sensaciones, el poeta del trópico fundía su ser con el alma de las cosas, siempre maravillado ante el misterio y la belleza de la creación. Su mundo era el aquí y el hoy de un epicúreo. Castillo, por el contrario, era el artista a cuyos ojos la realidad física pareció siempre mezquina y desconcertante. De ahí su fuga a paraísos artificiales.

Lo que en Rivera era rectilíneo y preciso en el otro era un laberinto de sinuosidades y vagas sugerencias. Rivera, poeta de lo autóctono, buscaba los aspectos plásticos de la naturaleza para aprisionarlos en bellas concreciones de corte parnasiano. Castillo, hombre de variadísimas lecturas y espíritu cosmopolita, recogía los últimos ecos de la poesía de Verlaine y preconizaba un arte alado y sugerente.

Personalidades tan opuestas y de gustos tan dispares chocaron por fin con motivo del reportaje de *Mundial*. Se pudo ver entonces el abismo que separaba a los dos amigos, como hombres y como artistas.

Castillo ya tenía fama de polemista terrible. Saltó a la palestra y asedió a Rivera con desplantes de espadachín, tratando de hacerle perder su *self control*. . . Las cartas de Castillo son una curiosa mezcla de veras y burlas y están salpicadas de citas de autoridades en diferentes lenguas, frases graciosas, máximas y chistes. Todo traduce el espíritu burlón de quien se considera superior a su contendiente''.

Esta interesante polémica, aparecida en diversas publicaciones periódicas de Bogotá, fue recogida por Jorge Luis Arango en el número 30 de las insuperadas *Hojas de Cultura Popular*, de cuya fuente se hace la correspondiente transcripción.

DOS PALABRAS

Una de las muchas páginas olvidadas e interesantes que ha hecho resucitar el infatigable propulsor de nuestra cultura, don Jorge Luis Arango, en estas Hojas magníficas, se halla esta polémica entre los poetas Eduardo Castillo y José Eustasio Rivera, sostenida por éste al mismo tiempo que se defendía de los ataques de don Manuel Antonio Bonilla, oculto bajo los seudónimos de Atahualpa Pizarro y Américo Mármol. Sobre tales polémicas publicó un excelente estudio, en la Revista Iberoamericana, don Ernesto Neale Silva, chileno, profesor en la Universidad de Wisconsin, y sin duda el crítico que más a fondo conoce la obra de Rivera, a quien está dedicando un libro definitivo. A dicho estudio remitimos a los lectores ávidos de información más amplia.

*Hace veintidós años, los ánimos de los lectores de periódicos se agitaban y enardecían, ya en favor de Rivera, ya en pro de Castillo, al conocer estos escritos vibrantes, que sacaban cierta una vez más la expresión horaciana de *genus irritabile vatum*, "raza irritable de los poetas", de perfecta aplicación en nuestro caso. Hoy, como dice Neale Silva, "los asertos de los dos atacantes nos sirven para recrear el ambiente literario de una época y apreciar su significado como parte integrante de la vida colombiana".*

Desaparecidos de este mundo —que es un campo de batallas— los dos contrincantes, tan incisivos y ágiles, enmohecidas las espadas, vacío el palenque, apagado el eco de los aplausos y los gritos de los espectadores, nos llega esta polémica envuelta ya en la serenidad de la historia. Vamos a leerla, no a vivirla; a analizarla fríamente, a admirar el talento de uno y otro, el orgullo

que mutuamente se reprochan, pero que ambos tenían en grandes dosis, y su versación literaria, que hace más elegante y sólida la frase de Castillo, más cauta y suspicaz la de Rivera. Y como a ambos poetas los queremos todos, como en ambos vemos dos grandes figuras de nuestras letras, seremos egoístas, y no concederemos el lauro triunfal a ninguno. Pero no importa nuestra parcialidad: habremos asistido a un torneo digno de los caballeros renacentistas, recio y tajante, con mandobles que a veces tienen todas las sutilezas de la táctica y en ocasiones mucho de las falacias de los espadachines, con estocadas a fondo y fintas inesperadas, mezcladas casi siempre con expresiones más afiladas que los aceros... Todo pasó. Pero quedan en la inmortalidad los nombres de entrambos vates, y en las letras colombianas seguirá brindándonos El árbol que canta su savia purísima e inagotable y el ritmo de sus frondas, y deleitándonos con sus paisajes la Tierra de promisión, fértil y bella como la de Canaán. ¿Para qué más?

José J. Ortega Torres.

Abril de 1953.

EL POETA DE "TIERRA DE PROMISION"

Charla con J. E. Rivera, por Luis Alberto Sánchez

Gil Blas, septiembre 21 de 1921

La entrevista de José Eustasio Rivera, publicada en la revista *Mundial*, de Lima, y reproducida más abajo, si desprestigió ante el pueblo peruano la intelectualidad colombiana, desprestigiará al autor de *Tierra de Promisión* ante el país, que sabe hasta dónde son falsas sus aseveraciones y cuántas cosas sacrificó a una vanidad enfermiza. Por eso los amigos del Secretario de nuestra Embajada recogieron, como quien oculta lacras, los ejemplares que de *Mundial* llegaron a Bogotá.

Que aquí nadie lee a Cervantes; que Silva sólo vale por su trágica muerte, y que la causa de ella fue la pérdida de unos manuscritos; que Herrera y Reissig, cuyas producciones colman hasta la sección de variedades de los periódicos, apenas lo conocemos, son necedades que por lo cándidas, merecerían perdón. Pero

lo que repugna es el egoísmo reconcentrado de Rivera, que lo lleva a sentirse en la literatura, solo y cargado de laureles, y lo hace prescindir de la fama que compañeros suyos y sus camaradas íntimos han alcanzado, merced a ejecutorias más limpias que las de su disimulado detractor.

La miseria cerebral de Rivera, su falta absoluta de información sobre nuestra mentalidad, eran sabidas entre las gentes de letras; pero ahora han quedado de pleno confirmadas para quienes aún sufrían el ofuscamiento del oropel versificado. ¡Y cómo es de cierto también que Rivera, el perdonavidas de hoy, debe su reputación, que ahora lo envanece, a don Lope de Azuero, quien malignamente jugó a ceñirle una corona de papel!

He aquí la entrevista:

El señor don Antonio Gómez Restrepo, Embajador de Colombia, en la visita con que honró a *Mundial*, dijo amablemente:

—¿No conocen ustedes al poeta Rivera?

Un mocetón moreno, alto y fornido, de bigotillo levemente mosquetero, se inclinó: era el poeta. Había leído ya algunos de sus versos, publicados en *Hogar*, y, si la memoria no me es traidora, en la *Revista de América*. Pero no imaginaba que un tan grande poeta fuera modesto y huraño, hasta el punto que lo es Rivera.

Tratándole más de cerca, desaparece esta primera impresión. En la tertulia que ofreciera don Carlos Ledgard, Rivera recitó hermosos sonetos: mas, siempre resguardó su personalidad tras un apartamiento y un silencio llenos de modestia.

No creo en los poetas modestos, sin embargo. Estoy seguro de que Rivera sabe lo que vale, y que, acaso, haya un poco de orgullo en su severo talante.

Otra vez más tuve ocasión de tratar al poeta colombiano, y, entonces, abandonó él su retraimiento, y yo me decidí a reportarlo.

—Aquí no conocemos muchas cosas de Colombia. Fuera de Silva, de Isaacs y de Valencia, nuestra ignorancia sobre la literatura colombiana es suma. Apenas si llega a saber los nombres de

Caro y Pombo, y algunos versos de Castillo y Céspedes, conocidos gracias a la gentileza del señor Carvajal, que representó a Colombia hace un año...

—Pues no es muy diferente nuestra situación. Al ser nombrado Secretario de la Embajada, acudí al Ministro del Perú en Bogotá, señor Oliveira, para que me diera algunos datos acerca de los literatos jóvenes. Y no lo pude conseguir. Entre determinados círculos bogotanos se lee a los García Calderón; Chocano, que estuvo allí, es bastante conocido.

—¿Y González Prada?

—Lo he oído nombrar, pero no me ha sido posible hallar sus obras. Ocurre lo propio con Gálvez, Cisneros, Ureta.

—¿Y Palma?

—Palma, sabe usted, es una reliquia. Lo saborearon generaciones ya pasadas. A nosotros, los jóvenes, nos llega su fama y una que otra tradición. Lo admiramos, como se admira a Cervantes; muchos sin haberlo leído nunca.

—El Mayor Flórez Alvarez me ha dicho que Carrillo no es conocido como escritor en Bogotá.

—Efectivamente. Me dijeron que era un delicioso cronista; que usaba el seudónimo de "Cabotín"; pero no ha publicado nada en mi patria...

(Recuerdo en ese instante algunos versos de Rivera, sonoros, refulgentes, majestuosos. Al escribirlos, no coge la pluma, sino el cincel. Este poeta no escribe sus estrofas: las esculpe.

Es tan preciso como Leconte de l'Isle, tan deslumbrador como Chocano; tan sonoro como Heredia. Parnasiano de purísima cepa, conoce admirablemente el idioma y lo utiliza con acierto. El adjetivo en Rivera no llena un hueco: cumple una misión. Es un adjetivo consciente. Se evoca el calificativo preciso de Flaubert. No ha menester nunca de muchos rodeos. Cada adjetivo de Rivera vale por una descripción. No fue otro el papel que debió tener el adjetivo, cuando nació venturosamente para dar color, aroma y sabor a esta rica y noble lengua de Castilla).

El cronista interroga:

—En Colombia todos son parnasianos. El soneto que el otro día leyó el señor Gómez Restrepo no podía ser más perfecto. Los de usted, Rivera, son de acabado corte parnasiano...

—Sí. Eso es muy cierto. Lo debemos a una acendrada tradición literaria. Y, además, Londoño y Valencia se han esforzado como ningunos para ahondar ese culto a la forma...

—Pero, tengo entendido que a José Asunción Silva se le rinden aún grandes honores...

—Lo tenemos como a una de esas reliquias veneradas. Pero, crea usted que su influencia es muy escasa. Se le ama por muchos motivos. Uno de ellos, por su muerte. Ni siquiera conocemos toda su obra. Usted sabe que la pérdida de sus manuscritos fue, seguramente, uno de los principales motivos que impulsaron a Silva al suicidio...

—¿Su poeta preferido, Rivera?

—Valencia.

—¿Y López, le place?

—¿Se refiere usted a Luis C. López? Pues, mire: yo no le conozco personalmente. Cuando estuve en Cartagena fue a visitarme, mas no nos encontramos.

—¿Cierto que en Cartagena no se le conoce como poeta sino como tendero?

—Perfectamente cierto. Con franqueza le diré que no comulgo con la estética de López. La poesía no es para ser tratada así, para traerla a menos, usando de vocablos vulgares. Querer poetizar ramplonerías, como algunas de las que trata López, equivale a vestir de seda a una menegilda. Comprendo que tiene aciertos estupendos. Sus observaciones son, casi siempre maravillosas. Pero no me parece que sea poético tratar de asuntos como los que versifica en *Posturas difíciles*. Es mi opinión sincera. Difiero de temperamento con López... En cambio, me gusta este poeta que usted ve aquí. Es José Joaquín Casas. No es joven. Tendrá cincuenta años. Lo han postergado injustamente. Pertenece al parti-

do conservador, y sus enérgicas actitudes de hace veinte años le atrajeron muchas antipatías y despertaron rencores hondos. Es, sin embargo, todo un poeta.

—Sé que es usted muy amigo de Rasch Isla...

—Muchísimo. Lo quiero como a un hermano. Tenga (Rivera me ofrece un libro), tenga el libro de Rasch: *Para leer en las tardes*. Es delicadísimo. Lo creo el poeta joven de más porvenir.

—¿Qué opina usted de Eduardo Castillo?

—Que es un gran poeta.

—Pero me han dicho que está muy abatido a consecuencia de una crítica acerba, valbuenesca, que le hizo un escritor incógnito.

—Yo no desearía que habláramos de eso. Quiero mucho a mis amigos, y no es justo que dé a conocer artículos que les son hostiles.

—Puede usted tener la seguridad de que no repetiré lo que me diga. El Mayor Flórez me contó algo sobre el particular. Y, sobre todo, en *El Espectador*, de Bogotá, del 21 de abril último, vi las críticas de Don Lope de Azuero...

—¿Conocía usted el seudónimo del crítico?

—Ya lo ve usted, poeta.

—Pues Don Lope de Azuero publicó sus críticas en *Gil Blas*. Atacó ferozmente a Valencia, como usted habrá visto. Luego pulverizó a Castillo y a Abel Marín. No trató del todo bien a Rasch Isla. Yo sí recibí elogios.

—¿Y no se sospecha quién sea el terrible crítico?

—Absolutamente, no. Se creyó que era el señor Presidente; se supuso que eran otros escritores. Con motivo de las reproducciones de *El Espectador*, de Bogotá, se trató de instaurar un juicio a *Gil Blas*, pero este periódico mostró los originales de Don Lope: venían escritos totalmente a máquina y eran enviados por correo!...

—¿Y es cierto que Rasch Isla es tan “poseur”, tan lleno de posturas y le placen los gestos “pour épater les bourgeois”?

—No. Miguel es un poco burlón y se ríe de la gente; eso es todo. Pero es muy bueno, muy sencillo, y, sobre todo, un poeta.

—En cambio Castillo se abatió con la crítica de Don Lope de Azuero, ¿no es verdad, Rivera? Y diga: ¿Castillo no es algo aficionado a los paraísos artificiales?

—Estimo mucho a Castillo para contestarle.

—Usted, Rasch y Céspedes, que son los únicos que escaparon más o menos ilesos de las furias de Don Lope, ¿no sospechan quién sea?

—No...

—En la sonoridad de los versos de usted, Rivera, se evoca el soneto perfecto de Herrera y Reissig; ¿lo lee usted con frecuencia?

—Desgraciadamente, no. Conozco poco de Herrera y Reissig, pero siento por él gran admiración. Quisiera tener alguno de sus libros. Sólo he podido leer los sonetos que se han reproducido en Bogotá. Allí no existen las obras de Herrera...

(La charla se detiene un instante ante el recuerdo del “pobre corderito ciego” que, desde lo alto de la Torre de los Panoramas, sintiera extinguirse su vida, día a día, poquito a poco, en una lenta tragedia silenciosa... José Eustasio Rivera escribe un soneto para *Mundial*. Llega el señor Gómez Restrepo. Viene alegre de haber recorrido algunos conventos. Se deleita visitando casonas antiguas y revolviendo vejeces. Generalízase la charla. El reloj marca la una del día. Discretamente se despide el cronista).

Luis-Alberto Sánchez

RIVERA EN EL PERU

Por Eduardo Castillo.

Cromos, 24 de septiembre de 1921

Es cosa de simple sentido común que un diplomático que va a tierra extraña sin misión especial de ningún género y sólo como figura decorativa, tiene, por lo menos, el deber de poner en alto

el nombre de su patria, haciendo conocer cuanto en ella es digno de ser amado o admirado. Por eso, cuando el señor José Eustasio Rivera fue designado, merced a las gestiones realizadas por un grupo de intelectuales, para ocupar el cargo de Secretario de la Embajada que debía representar a Colombia en las fiestas centenarias del Perú, todos aquellos que hemos sido sus camaradas en las nobles lides del gay saber batimos palmas a la designación hecha por el Gobierno. Placíanos pensar que nuestra joven intelectualidad iba a tener en la tierra de Palma y de Chocano un heraldo sonoro, un portavoz elocuente que pregonase cómo nuestra patria no ha dejado de ser la Arcadia armoniosa, amada de las Musas, que tan elevado puesto ha ocupado siempre, debido a sus portuliras, entre los países de la América Latina. Desgraciadamente, esa esperanza resultó fallida. Si hemos de juzgar por un reportaje hecho al poeta de *Tierra de Promisión* por un periodista limeño, y publicado en la revista *Mundial*, de la misma capital del Perú, el señor Rivera, lejos de mostrar allí lo que vale nuestra literatura, expresóse acerca de ella en una forma tan displicente y fría, que sus palabras han producido, aun entre los mismos devotos del joven cantor, una viva sorpresa mezclada de desilusión.

Si no se tratase de informaciones dadas por un poeta a quien se disputa por uno de los más altos de Colombia, apenas sí valdría la pena de hablar del malhadado reportaje a que me refiero. Todo en él, las ideas y las frases, es desteñido, impersonal, opaco. Que Silva se quitó la vida por haber perdido sus manuscritos, y que ese suicidio es la causa principal de la admiración que se le tributa en Colombia; que Luis C. López sólo es conocido en Cartagena como tendero, y que nuestra poesía es en su totalidad parnasiana, son afirmaciones que hacen sonreír. Pero todo eso se explica en boca del señor Rivera, cuya cultura mental es una deplorable deficiencia. Lo que sí puede reprochársele es la intención maligna de algunas de sus frases, tendientes a empequeñecer a sus compañeros para poder destacar mejor su propia personalidad y mostrarse a sí propio como la figura más representativa de las letras colombianas actuales. Sino que el señor Rivera no se dio cata de que, al proceder así, mermaba considerablemente su valía, ya que no ofrece mérito alguno el hecho de ser el primer poeta en un país de copleros. Cuán distinto del proceder del señor Rivera fue el de Matoño Carvajal, quien, en la misma Lima trabajó ahincadamente a fin de que fuese conocida y admirada en el Perú la obra de los nuevos apolonidas colombianos. Siguiendo tan

noble ejemplo, el señor Rivera hubiera podido realizar en Lima una bella labor de acercamiento intelectual entre el Perú y Colombia; habría podido dictar una o dos conferencias para dar a conocer en el país hermano nuestra poesía del momento actual, mediante la recitación de sus mejores producciones. De esta manera habría obtenido, estoy seguro de ello, un triunfo resonante. Pero prefirió a ese triunfo las satisfacciones de una vanidad que ninguna relación tiene con el orgullo que da la certeza del propio mérito, ingénito en todo artista verdadero.

El pueril engreimiento de sí propio que revelan las palabras del señor Rivera es, por lo demás, explicable. Pocos artistas, entre nosotros, han triunfado con tanta facilidad y sido tan lisonjeados por el público como el sonetista de *Tierra de Promisión*. Su obra no ha sido nunca pasada por el tamiz de una crítica severa. Hasta el truculento Don Lope de Azuero lo ungió con la crisma de los elegidos de Apolo, con lo cual acabó de afianzarse su popularidad de primer poeta joven de Colombia. Pero en realidad, ¿merece el señor Rivera tan alto calificativo? Yo me atrevo a ponerlo en duda. Ciertamente es que la obra del joven musageta acusa en su autor un portentoso dominio del instrumento lírico; cierto que hay entre sus sonetos, casi todos de impecable arquitectura parnasiana, algunos que, como *La Cigarra*, son verdaderas joyas de arte. Para el señor Rivera, la versificación es una especie de juego de *juzzle*. Sólo que en vez de menudas piezas de cartón se sirve de un léxico opulento y pleno de colorido. De esa manera ha llegado, en sus producciones, no pocas veces, a una rara perfección estructural. Pero a pesar de sus excelencias técnicas, este linaje de poesía exterior y decorativa nada le dice a nuestro espíritu de hombres modernos habituados a contemplar las cosas de la belleza al través de la estética lunaria de Verlaine. Por mi parte, prefiero lo que Arturo Rimbaud llamaba *un vers délicieusement faux exprés* a las impecables producciones de los parnasianos. La estrofa, tal como hoy nos agrada, debe tener la ligereza sutil de algo que se mueve, que se agita, que vive, que no está cerrado en una concreción definitiva, para que así el lector pueda agregarle algo de su parte, colaborar en ella. El señor Rivera, además, es, lo mismo que Chocano, un cantor de cosas desmesuradas y sublimes. Toda la naturaleza de América se refleja en sus cantos, dignos, por su majestad onomatopéyica, de ser declamados al través de la bocina que embocaba el actor de la tragedia antigua. Sólo que esa visión megalóptica de las cosas, que para la mayoría de las gen-

tes es una cualidad del poeta, contribuye en gran parte a que algunos miremos con desvío la obra del señor Rivera. Su musa inspiradora calza pesado coturno, al paso que la musa moderna, ceñida de aladas sandalias, pasa sobre el polvo de la tierra sin rozarlo, y ama, mucho más que los aspectos grandiosos de la naturaleza y de la vida, todo lo que en ellas hay de movedizo y cambiante, el gesto fugaz y el detalle menudo y expresivo.

En su reportaje, el señor Rivera hace hincapié, con cierta mal encubierta fatuidad, en los elogios que le dirigió Don Lope de Azuero, y de camino anota complacido que aquel adusto censor nos *pulverizó* —tal es el término de que se vale— al señor Abel Marín y a mí. Puedo asegurarle que ha sido juguete de una agradable ilusión. Marín y yo, como todos los muertos que mató el de Azuero, gozamos de excelente salud. Por lo que a mí atañe, tan grandes son las dosis de virus ponzoñoso que me han propinado, en forma de injurias periodísticas, mis amigos y mis enemigos, que me he tornado inmune, como Mitridates, el Rey del Ponto, a los más corrosivos venenos, tanto más a las inofensivas mixturas de la alquimia de Don Lope. Tan poco pulverizado me siento, que reté al Valbuena criollo a una polémica de prensa con el fin de probarle su ignorancia y su mala fe. Dos ejemplos puedo citar por el momento, de una y otra. Es el primero haberle atribuido el verso *Penser les memes choses et ne pas se les 'dire*, a Albert Samain, cuando todos los que se hallan un poco familiarizados con la poesía francesa moderna saben que ese verso es de Rodenbach. El segundo ejemplo consiste en haberme acusado de plagio a Martín Pomala, cuando precisamente ocurrió todo lo contrario, como se puede demostrar con un simple cotejo de fechas. El soneto en que figura el verso *Te hallas dispersa y difundida en todas* fue publicado por mí, hace más de diez años, con el título genérico de *Alma proteica*, en un número de "El Nuevo Tiempo Literario" donde lo hallará el lector que se tome el trabajo de consultar la colección. Ahora bien, la poesía de Pomala en que figura un verso parecido fue publicada cinco años después de que viese la luz mi composición, en el suplemento literario de "La Patria", el periódico de Armando Solano. De ello podría dar fe Roberto Liévano, redactor que fue de dicho periódico, si no bastase probar la mala fe del crítico el cotejo de las fechas en que aparecieron mi soneto y la composición de Pomala. Pero no es esto todo: Don Lope, al mismo tiempo que me acusaba a mí de plagio, me hacía el más descarado de los hurtos literarios. Cura

canta; había escrito yo, en un artículo acerca de Dmitri Ivanovitch, publicado en el número 136 de "Cromos", correspondiente al 19 de octubre de 1918, la siguiente frase: "Nuestra sensibilidad estética se ha aguzado de tal manera, se ha tornado tan exigente, que quisiéramos que el artista pareciese ausente de su obra, como parece estarlo un agua transparente de la copa de cristal que la contiene". Y el original Don Lope escribió en su página sobre el autor de *Para leer en la Tarde*: "Rasch Isla es un ejemplo de cómo llegan a juntarse ambas cosas (el instinto artístico y la destreza técnica), de cómo es posible dar el elixir del alma cuidando de que la copa parezca no contenerlo en su transparencia".

Y el hombre que tal hace se daba humo de árbitro inapelable de las letras colombianas.

El señor Rivera se halla actualmente en México, donde se le tiene la más cariñosa admiración a nuestro país y su literatura. Quieran los dioses que no le ocurra allí a otro reportero hacerle una nueva entrevista, o por lo menos si esto ocurre, que el joven cantor colombiano se acuerde a tiempo de la famosa divisa: "Cállate o di algo mejor que el silencio".

UNA ENTREVISTA CON JOSE EUSTASIO RIVERA

El Espectador, 27 de noviembre de 1921

Un redactor de este periódico ha tenido ocasión de hablar por algunos momentos con el poeta Rivera, quien acaba de llegar a la ciudad, después de un largo e interesantísimo viaje por Sur y Norteamérica, con la Embajada Especial de Colombia ante el Perú y México, de la cual fue Primer Secretario.

Nuestro redactor ha extractado, para este periódico, algunos incidentes de su conversación, que por haber sido celebrada con un literato tan prestigioso, y por referirse a algunos tópicos que han motivado apasionantes polémicas en los últimos tiempos, ha de ser recibida con interés por el público.

Este fue, salvo error u omisión, el parlamento celebrado:

—¿Cuáles son las impresiones más perdurables de su viaje?

—Las emociones del viaje inolvidable que acabo de hacer han de prolongarse en mi memoria, largamente, pero es imposible catalogarlas —o siquiera enumerarlas todas— en el curso rápido de una charla. El Perú, Cuba, México, los Estados Unidos, la larga travesía marítima por el Pacífico y el Atlántico... ¡Cuántos motivos de ensueño y de meditación! Y luego el estudio de otros pueblos y de otros hombres; de civilizaciones paralelas a la nuestra, que si por ciertos aspectos materiales nos superan, en otros no logran aventajarnos. Y después, el esplendor de los festejos centenarios, cuyo fausto y cuya magnificencia dio a las Embajadas europeas una admirable impresión de nuestra América. Y en medio de esas festividades suntuosas, y en el mar, y en todas partes, el recuerdo de la Patria lejana, de la tierra del alma que no se puede olvidar...

—¿Cuáles son en los países por ti visitados, las ideas que se tienen con respecto a Colombia?

—Como es natural, las imposiciones del protocolo, las conveniencias sociales y la ingénita galantería para con el extranjero, impiden conocer íntimamente la sinceridad de los pensamientos ajenos. Pero, a pesar de la simpatía por Colombia, alcanza a traducirse que se ignora a esta Nación mucho, acaso más de lo que merece.

—Absolviéndote, desde luego, de referirte a ti, ¿puedes hablarme algo con relación a la Embajada?

—La Embajada colombiana —es grato decirlo— fue recibida en todas partes con júbilo muy cordial, y festejada, especialmente, por todas las clases sociales. El nombre de nuestro Embajador, doctor Gómez Restrepo, es uno de los muy pocos que se conocen, con elogio, más allá de las fronteras. El, por su parte, y sin esfuerzo alguno, supo conquistar en toda ocasión simpatías para nuestra Patria, y admiración para sus clarísimos talentos de hombre de letras y de diplomático. Otro tanto puedo decir de la alta dama que es su esposa, y cuya inteligencia y distinción le valieron excepcionales homenajes, como el obsequio de un álbum que, con sus firmas, le hizo la más selecta sociedad de Lima. Y en cuanto a los militares colombianos que fueron al Perú, todos gentiles y caballerosos, puedo asegurar que obtuvieron el mejor de los éxitos.

—Y ahora pasemos a asuntos literarios, o si se quiere, personales: ¿En dónde tuviste conocimiento de las polémicas suscitadas por el reportaje que te hizo una revista de Lima?

—La primera noticia de las controversias habidas con motivo del reportaje de *Mundial*, la tuve a mi llegada a Cartagena, por revelaciones que allí me hizo, al respecto, Guillermo Manrique Terán. Luego, en Barranquilla, encontré —enviados previamente por un amigo— la mayor parte de los artículos de revistas y periódicos que se ocuparon en aquellos asuntos.

—¿Y cuál fue tu impresión al respecto?

—Mi primera impresión, naturalmente, fue de sorpresa, y estaba de sobra justificada. La revista limeña *Mundial* no solicitó de mí reportaje de ninguna especie, y la entrevista que apareció en sus columnas como celebrada por mí con uno de sus redactores, fue apenas el eco de una charla íntima con el literato don Luis-Alberto Sánchez, quien luego la reconstruyó a su manera, con segura buena voluntad, pero con muy mala memoria. Allí mi pensamiento apareció totalmente desfigurado, fragmentario, lleno de adulteraciones. Las circunstancias de una enfermedad que me redujo al lecho por más de quince días en la capital del Perú y el precipitado viaje a México, me impidieron entonces hacer las rectificaciones del caso.

—¿Piensas ahora darlas por la prensa?

—Anticipadamente las di, por medio de cartas, a mis amigos de esta ciudad, y esas declaraciones mías fueron publicadas. Aquello, por lo pronto, me pareció suficiente, ya que espero tener algún derecho a que se crea en mi palabra. Pero ante la actitud asumida por algunos críticos con posterioridad a esos acontecimientos, no puedo hacer otra cosa que asumir, en forma absoluta, sin temor ninguno, la responsabilidad total de mis actos. A ese respecto, preparo una réplica a alguno de mis comentadores, que publicaré a principios de la semana próxima.

—¿Qué piensas a propósito de los artículos que ha venido publicándose, con seudónimo, sobre *Tierra de Promisión*?

—No los conozco íntegramente, y ahora pienso procurármelos, completos. No me disgusta, y por lo contrario, conquista mi agradecimiento, toda crítica de mi libro, sean cuales fueren sus conceptos y sus conclusiones. Al ofrecer mi primera obra al público, no ambicioné otra cosa distinta de que se me discutiera

amplia y libremente, pero al menos con relativa justicia. Por esto saldré a la defensa de mi labor, no por vanidad, toda vez que en el ataque a ella esos principios de equidad no hayan sido, en mi concepto, tenidos en cuenta. Este es el caso de don Atahualpa Pizarro, a quien en breve replicaré.

—Y sobre tu labor literaria en lo futuro, ¿qué proyectos tienes?

—Muchos, y de muy diversa índole. Yo no espero tener formada mi personalidad, en ese campo, antes de veinte años. Apenas estoy en el período de la iniciación. Pero, por lo pronto, en estos momentos, adelanto, y antes de pocos días finalizaré, el contrato para la publicación de un nuevo libro.



El Espectador presenta al poeta Rivera los más cordiales agradecimientos por las declaraciones que quiso hacer para este diario.